

Devocionario Basado en el Libro de

LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Ps. Alex Dannelly



INTRODUCCIÓN

El libro de los Hechos es importante porque sirve de 'puente' entre los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento. También es de mucho interés para el creyente porque narra el establecimiento y la expansión de la Iglesia. El relato bíblico comienza con los once apóstoles, reunidos en Jerusalén, la capital de los judíos (Hch 1:12-14); y concluye con el apóstol Pablo predicando el evangelio en Roma, la capital del Imperio Romano.

Los dos temas centrales del libro son:

- El poder del Espíritu Santo en la predicación del evangelio.
- La dirección del Espíritu Santo en la expansión de la Iglesia.

Pero ¿quién escribió este libro? ¿Cuándo lo hizo, y con qué propósito? Estas son las preguntas que queremos contestar en la introducción al estudio de los Hechos.

AUTOR

Las primeras palabras del libro indican que los Hechos es la continuación de una obra anterior ("*En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer, y a enseñar*", Hch 1:1). Estas palabras relacionan el libro de los Hechos con el evangelio de Lucas, que comienza con una introducción dirigida también a un hombre llamado Teófilo (ver Lucas 1:1-4). La conclusión a la cual llegamos es que el libro de los Hechos es el segundo tomo de Lucas, escrito con el propósito de narrar la historia del cristianismo, después del retorno de Cristo al cielo (ver Hch 1:2).

Lucas no se menciona por nombre en su obra; sin embargo, sabemos que fue uno de los compañeros de Pablo (Filemón 24). Hay ciertas secciones del libro de los Hechos que están escritas en la segunda persona plural ('nosotros') – ver Hch 16:10-17; 20:5 – 21:18; 27:1 – 28:16. Eso indica que los Hechos fue escrito por alguien que acompañó a Pablo en sus viajes misioneros, y fue testigo presencial de muchas de sus actividades.

Pablo describe a Lucas como "*el médico amado*" (Col 4:14). El uso de varios términos médicos indicaría que el autor de los Hechos tenía conocimiento de la medicina (Hch 3:7; 9:18, 33; 13:11; 28:6, 8). Dado a que la única persona que acompañaba a Pablo, y que a la vez tenía conocimiento de la medicina, era Lucas, llegamos a la conclusión que él fue el autor de este libro.

Como su nombre lo indica, Lucas no era judío. Lo más probable es que fue un prosélito. Seguramente llegó a conocer al Señor por medio de la predicación de Pablo. Él comenzó a acompañar a Pablo a partir de la visión del hombre de Macedonia (Hch 16:10-17).

FECHA

La historia de los Hechos va del establecimiento de la Iglesia en Jerusalén hasta el período del encarcelamiento de Pablo en Roma. Como eso ocurrió en el año 63 d.C., lo más probable es que Lucas escribió el libro de los Hechos poco después de ese encarcelamiento, y antes de la muerte de Pablo.

PROPÓSITO

El contenido del libro indica que Lucas tuvo varios propósitos al escribir los Hechos.

1. Presentar el crecimiento de la Iglesia (quizá con un propósito apologético o evangelístico).
2. Describir (en detalle) el mensaje de la Iglesia. Por eso Lucas incluye el texto de muchos sermones apostólicos (Hch 2:14-36; 3:12-26; 10:23-48; 13:14-41; 17:18-34). A estos, habría que añadir el mensaje de Esteban (Hch 7:1-53).
3. Destacar los ministerios de Pedro (Hch 1-12) y Pablo (Hch 13-28).

IMPORTANCIA

Los Hechos es muy importante, por las siguientes razones:

1. Provee el contexto histórico para las epístolas. Debemos estudiar las cartas de Pablo a la luz de lo que sabemos de su ministerio en Hechos. Eso nos permitirá contestar preguntas como: ¿Cuándo se estableció la iglesia en esa ciudad? ¿Cómo se estableció? ¿Quiénes conformaron los primeros miembros de esa iglesia?
2. Establece varios principios importantes para el tema del crecimiento de la Iglesia (por ejemplo, la importancia de la predicación, el papel de la oración, el poder del Espíritu Santo, la dirección de Dios, la importancia del coraje y la valentía, la lucha espiritual, etc.).
3. Nos orienta acerca de la estructura organizacional de la Iglesia – el nombramiento de los ‘diáconos’ y ‘ancianos’; y las funciones de estos dos grupos de líderes.
4. Nos ofrece modelos interesantes acerca de varios temas prácticos: cómo hacer el trabajo social (Hch 6), como hacer misiones (Hch 13), cómo evangelizar en contextos paganos (Hch 17), etc.

ANÁLISIS

A continuación, presentamos el análisis que hace Ryrie del libro de los Hechos (con algunas modificaciones).

I. **EL CRISTIANISMO EN JERUSALÉN** (Hch 1:1 – 8:3)

1. **El Señor Resucitado** (1:1-26)

- a. El Señor Confirma (1:1-5)
- b. El Señor Comisiona (1:6-11)
- c. El Señor Escoge (1:12-26)

2. **El Día de Pentecostés** (2:1-47)

- a. El Poder del Espíritu (2:1-13)
- b. La Predicación de Pedro (2:14-36)

- c. La Formación de la Iglesia (2:37-47)
- 3. **La Curación del Cojo** (3:1-26)
 - a. El Milagro (3:1-11)
 - b. El Mensaje (3:12-26)
- 4. **Oposición** (4:1 – 5:42)
 - a. Persecución de Afuera (4:1-22)
 - b. Triunfo (4:23-37)
 - c. Problemas Internos (5:1-11)
 - d. Más Persecución de Afuera (5:12-40)
 - e. Triunfo (5:41-42).
- 5. **Crecimiento** (6:1 – 8:3)
 - a. El Nombramiento de los Diáconos (6:1-7).
 - b. El Ministerio de los Diáconos (6:8 – 8:3).
- II. **EL CRISTIANISMO EN PALESTINA Y SIRIA** (Hch 8:4 – 12:25)
 - 1. La Predicación en Samaria (8:4-25).
 - 2. La Predicación al Etíope (8:26-40).
 - 3. La Conversión de Saulo de Tarso (9:1-31).
 - 4. La Conversión de los Gentiles (9:32 – 11:30).
 - 5. La Persecución de Herodes (12:1-25).
- III. **EL CRISTIANISMO HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA** (Hch 13:1 – 28:31)
 - 1. **El Primer Viaje Misionero** (13:1 – 14:28)
 - a. El Llamado de Dios (13:1-3)
 - b. El Ministerio en Chipre (13:4-12)
 - c. El Ministerio en Antioquía de Pisidia (13:13-52)
 - d. El Ministerio en Iconio (14:1-7)
 - e. El Ministerio en Listra (14:8-20)
 - f. El Viaje de Retorno a Antioquía (14:21-28)
 - 2. **El Concilio en Jerusalén** (15:1-35)
 - a. La Disensión (15:1-5)
 - b. La Discusión (15:6-18)
 - c. La Decisión (15:19-29)
 - d. La Comunicación (15:30-35)
 - 3. **El Segundo Viaje Misionero** (15:36 – 18:22)
 - a. El Personal Escogido (15:36-40)
 - b. Iglesias Visitadas por Segunda Vez (15:41 – 16:5)

- c. El Llamado a Europa (16:6-10)
- d. La Obra en Filipos (16:11-40)
- e. La Obra en Tesalónica (17:1-9)
- f. La Obra en Berea (17:10-14)
- g. La Obra en Atenas (17:15-34)
- h. La Obra en Corinto (18:1-17)
- i. El Fin del Viaje (18:18-22)

4. **El Tercer Viaje Misionero** (18:23 – 21:26)

- a. La Obra en Éfeso (18:23 – 19:41)
- b. La Obra en Grecia (20:1-5)
- c. La Obra en Asia Menor (20:6-38)
- d. El Viaje de Mileto a Cesarea (21:1-14)
- e. Pablo en Jerusalén (21:15-26)

5. **El Viaje a Roma** (21:27 – 28:31)

- a. El Arresto de Pablo (21:27 – 22:29)
- b. Pablo Ante el Sanedrín (22:30 – 23:10)
- c. Pablo es Escoltado a Cesarea (23:11-35)
- d. La Defensa de Pablo Ante Felix (24:1-27)
- e. La Defensa de Pablo Ante Festo (25:1-27)
- f. La Defensa de Pablo Ante Agripa (26:1-32)
- g. El Viaje y el Naufragio de Pablo (27:1-44)
- h. Pablo en Malta (28:1-16)
- i. Pablo en Roma (28:17-31)

"¹ En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, ² hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido".

Lucas dirige este libro a una persona llamada "Teófilo" (v. 1a), que significa 'amigo de Dios' o 'el que ama a Dios'. ¡Es una excelente descripción de los seguidores de Cristo! Como creyentes, debemos amar al Señor y querer conocer todos los detalles que están a nuestro alcance de Su vida terrenal. Por eso es importante leer y estudiar los evangelios (ver Lc. 1:1-4). También debemos saber lo que el Señor continuó haciendo luego de Su muerte y resurrección (ver Hch. 1:1-2). El que ama al Señor querrá saber todo lo que puede acerca de Cristo. Sigamos el ejemplo que nos deja Teófilo, leyendo y estudiando el libro de los Hechos.

Anteriormente, Lucas envió otro libro a Teófilo; el que hoy llamamos "el Evangelio de Lucas". Al comienzo de ese Evangelio, Lucas se dirige a Teófilo, llamándolo "*excelentísimo Teófilo*", dando a entender que era un hombre de prestigio, quizá de la clase alta. ¡Qué bueno saber que había creyentes entre esa clase social en el primer siglo! Cristo no vino solo para salvar a las personas comunes y corrientes (ver 1 Co. 1:26-29), sino para salvar también a los de la clase alta, demostrando que no hace acepción de personas.

En "*el primer tratado*", Lucas le contó a Teófilo acerca de las cosas que "*Jesús comenzó a hacer y a enseñar*" (v. 1). En esta segunda obra, le escribe acerca de lo que el Señor continuó haciendo, luego de Su muerte y resurrección. Por lo tanto, el título de este libro: "Los Hechos de los Apóstoles", no es del todo cierto. El propósito de Lucas no fue describir lo que los apóstoles hicieron, sino lo que Cristo hizo a través de ellos. La distinción es importante. Por lo menos fue importante para Lucas; por eso habló de lo que "*Jesús comenzó a hacer...*".

La palabra "*tratado*" es la traducción de la palabra '**logos**' (en griego). En el Evangelio de Juan, esta palabra se usa para describir a Cristo, como el Verbo de Dios (Jn. 1:1). Lucas la usa para referirse a un relato histórico acerca de Cristo.

Durante Su ministerio terrenal, Cristo hizo muchas cosas: predicó, sanó, echó fuera demonios y formó discípulos. También enseñó grandes verdades acerca de Dios, del hombre, del reino de Dios, de la salvación y del Espíritu Santo. Pero todo lo que hizo y enseñó fue sólo el comienzo. A lo largo de dos mil años, el Señor siguió haciendo esas cosas por medio de la Iglesia, que es Su 'cuerpo'.

REFLEXIÓN: Cuán importante es recordar que como creyentes somos las 'manos' y la 'boca' del Señor. Él quiere seguir obrando y hablando en este mundo, y lo hace por medio de nosotros, Su pueblo. ¿Estamos dispuestos a servirle? ¿Nos estamos dejando guiar por Él, para que hagamos y digamos las cosas que Él quiere hacer y decir? Esto debe desafiarnos. Cuando vemos la vida desde esta perspectiva, la cambiará totalmente. Ya no podremos vivir para nosotros mismos, sino para Aquel que se entregó por nosotros. Dejemos que Él viva Su vida en nosotros, hoy.

Lo que marcó el fin del ministerio terrenal del Señor no fue Su muerte, sino Su retorno al Padre ("*hasta el día en que fue recibido arriba*", v. 2a). Entre Su resurrección y el retorno al Padre, el Señor siguió enseñando "*a los apóstoles*" (v. 2c). Ya no eran doce, sino once, porque Judas se había quitado la vida. Además de los apóstoles, había otros creyentes (ver vv. 13-15) y el Señor se manifestó a ellos también (ver 1 Co. 15:6). Sin embargo, la enseñanza apostólica fue entregada a

estos once hombres, sobre cuyos hombros, humanamente hablando, descansó el futuro de la Iglesia.

Hay dos detalles de la enseñanza de Cristo que debemos notar:

- Fueron “*mandamientos*” (v. 2b). Los apóstoles tenían muchas preguntas y cosas que querían saber (ver v. 6), y el Señor seguramente les enseñó muchas cosas. Pero Lucas enfatiza las órdenes que Cristo les dio; y esas órdenes se centraron en dos cosas: ‘esperen la promesa del Espíritu Santo’ (ver vv. 4-5), y ‘prediquen el evangelio en todo el mundo’ (ver v. 8).
- Cristo dio esas instrucciones “*por el Espíritu Santo*” (v. 2b). Durante Su vida terrenal, el Señor ministró en el poder del Espíritu Santo, guiado y fortalecido por Él. Luego de Su resurrección, siguió haciendo lo mismo. La llenura del Espíritu Santo no sólo fue necesaria durante Su ministerio terrenal; aún después de haber recibido un cuerpo glorificado, el Señor seguía ministrando en el poder del Espíritu.

Eso nos enseña dos cosas importantes. En primer lugar, la encarnación fue permanente. El Señor no sólo **nació** con un cuerpo humano, sino que también **resucitó** con un cuerpo humano. En segundo lugar, por toda la eternidad, tendremos la necesidad de la llenura del Espíritu Santo. La glorificación de nuestros cuerpos no anulará la necesidad del Espíritu Santo, sino que hará la llenura del Espíritu Santo algo más glorioso en nosotros.

REFLEXIÓN: Si el Señor dependió del Espíritu Santo para continuar Su ministerio, después de la resurrección, ¡cuánto más nosotros necesitaremos del Espíritu Santo! Busquemos cada día Su llenura, para poder servir al Señor adecuadamente.

Hechos 1:3-5 “La Resurrección, el Reino, y el Espíritu Santo”

“³ a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. ⁴ Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. ⁵ Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días.”

La muerte de Cristo fue un evento traumático para los discípulos. Lucas indica eso en su evangelio (ver Lc. 24:19-21). Por tres años, los discípulos anduvieron con Jesús, convencidos que Él era el Mesías. La crucifixión puso a prueba esa fe. No podían creer que Jesús se dejó crucificar. ¿Qué pasó con Su poder? ¿Por qué murió?

Frente a la terrible e ineludible realidad de Su muerte, los discípulos no iban a creer fácilmente en Su resurrección (ver Lc. 24:22-24). Por eso Lucas hace hincapié de la evidencia contundente de la resurrección. Por cuarenta días, el Señor se manifestó a los discípulos y “*se presentó vivo con muchas pruebas indubitables*” (v. 3). Como consecuencia de estas manifestaciones y pruebas, la resurrección de Cristo llegó a ser tan real para los discípulos como lo fue Su muerte en la cruz.

REFLEXIÓN: El Señor conoce bien nuestras mentes y corazones. Cuando nos cuesta creer algo, Él se encarga de darnos suficiente evidencia para creerlo. Nuestra fe no se basa solamente sobre una creencia interna, sino también sobre evidencias externas, que confirman y dan solidez a nuestra fe. Meditemos en algunas áreas de nuestra vida, en las que Dios se ha revelado en forma contundente para fortalecer nuestra fe en Él.

Durante esos cuarenta días, el Señor se encargó de hablarles “*acerca del reino de Dios*” (v. 3). Este fue el tema de Su enseñanza durante los tres años de ministerio terrenal (ver Mr. 1:14; Mt. 13:11, 24, 31, etc.); sería también el tema de la enseñanza de los apóstoles. Aún tenían mucho que aprender acerca del reino de Dios (ver v. 6); por eso el Señor les habló de este tema por cuarenta días, antes de volver al cielo.

Aparte de convencerles de la realidad de Su resurrección y enseñarles más acerca del reino de Dios, el Señor encargó a los discípulos a quedarse en Jerusalén hasta ser investidos de poder de lo alto (vv. 4-5). Esa fue una “*promesa del Padre*” (v. 4b; ver Lc. 24:49). La promesa tenía que ver con el derramamiento del Espíritu Santo sobre ellos. Dios el Padre dio esa promesa a través de los profetas del Antiguo Testamento (ver Jl. 2:28-32; Ez. 36:26-27; 37:14).

Antes de morir, el Señor habló de la promesa del Espíritu Santo (ver Lc. 11:13; 12:12; Jn. 14:26). Era una promesa que Él mismo se encargaría de cumplir (ver Jn. 7:38-39; 14:16; 15:26; 20:22). Sin embargo, los apóstoles tenían la responsabilidad de quedarse en Jerusalén, pidiendo al Padre que cumpla Su promesa. No debían simplemente esperar que el Señor cumpliera Su palabra; ellos tenían una responsabilidad al respecto.

La promesa del Espíritu Santo estaba vinculada con una experiencia que Cristo llama, ser “*bautizados con el Espíritu Santo*” (v. 5b). Esta es una frase muy mal entendida y debemos analizarla para aclarar cuál es su verdadero significado. Muchos creyentes pierden el tiempo y se exponen a dudosas experiencias, porque no han tomado el tiempo necesario para entender lo que significa la frase, ‘el bautismo con el Espíritu Santo’.

Lo primero que debemos notar es el paralelo y a la vez un contraste con el bautismo de Juan con agua: “*Juan ciertamente bautizó con **agua**, mas vosotros seréis bautizados con el **Espíritu Santo***” (v. 5). Las palabras de Cristo dan a entender que Sus discípulos iban a tener una experiencia mucho mayor que la de los seguidores de Juan el Bautista. Eso no debe sorprendernos, porque Juan mismo aludió a ello (ver Lc. 3:16). Juan solo pudo bautizar en agua en señal de arrepentimiento; el bautismo que Cristo iba a dar sería un bautismo de poder.

Aunque la RV 1960 usa la preposición, “*con*”, para hablar tanto del bautismo de Juan como del bautismo de Cristo, sería mejor traducir ‘en’. El verbo, ‘bautizar’, en el idioma original (**‘baptizo’**), significa ‘sumergir’ o ‘colocar dentro de’. Juan ‘sumergía’ en agua; la experiencia que Cristo daría sería un ‘sumergimiento’ en el Espíritu Santo.

Notemos quién es el agente de estos dos ‘bautismos’. En el primer caso, el que bautizaba a las personas en agua era **Juan**; en el segundo caso, es **Cristo** quien efectuaría el bautismo en el Espíritu Santo (ver Lc. 3:16). Así que no sería correcto hablar del ‘bautismo del Espíritu Santo’, como si Él lo hiciera, sino del ‘bautismo de Cristo’. Al fin y al cabo, es Él quien bautiza en el Espíritu Santo.

Para experimentar el bautismo de Juan, el único requisito era el arrepentimiento de los pecados. Sin embargo, para experimentar el bautismo de Cristo, los requisitos eran pedirlo, creer en ello, y esperarlo. El Señor anima a los apóstoles a pedir, a creer y a esperar, dándoles una promesa alentadora: “*seréis bautizados... dentro de no muchos días*” (v. 5c).

REFLEXIÓN: Una de las grandes necesidades de la Iglesia evangélica contemporánea es la de tener el poder de lo alto. Se trata del

verdadero poder espiritual, que se manifiesta en la vida y en el ministerio cristiano, produciendo tremenda convicción de pecado y múltiples conversiones espirituales. Pidamos a Dios ese poder espiritual, para nosotros mismos, y especialmente para los pastores y predicadores del evangelio. Pidamos y esperemos la promesa del Padre.

Hechos 1:6-8

“Poder de lo Alto”

“⁶ Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? ⁷ Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; ⁸ pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Al fin de los cuarenta días, llegó el momento que el Señor tenía que volver al Padre. Sus años en la tierra estaban llegando a Su fin. Nunca más se le vería en este mundo hasta el día del juicio final. Se estaba por cumplir la petición que hizo al Padre, en Juan 17:5, “*Ahora, Padre, glorifícame Tú al lado Tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*”.

En ese momento se había reunido un grupo de discípulos (v. 6a). Probablemente fueron los once, tal como leemos en Mateo 28:16. A pesar de todo el tiempo que habían pasado con Cristo, los apóstoles aún no entendían bien las cosas; sus mentes no estaban sintonizadas con la del Señor y todavía no entendían bien las Escrituras. Por eso hicieron una pregunta inapropiada: “*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?*” (v. 6b).

¿A qué iba esta pregunta? Cuando los discípulos comenzaron a seguir a Jesús, la motivación principal fue que creían que Él era el Mesías (ver Jn. 1:41). Su mayor anhelo era que el Mesías derrotara a los romanos y restableciera la nación de Israel en toda su gloria. Por unos días, la muerte de Cristo golpeó esa expectativa. Pero ahora que había resucitado y seguía hablando del reino de Dios (ver v. 3b), todas aquellas aspiraciones nacionalistas de un reino mesiánico revivieron en el corazón de los apóstoles. Seguramente se debió a que el Señor les venía hablando de la extensión del reino de Dios sobre toda la tierra, indicando que ellos tendrían un papel muy importante en eso. Sus corazones se alegraron y la curiosidad les ganó.

Con amor y paciencia el Señor les desengañó, diciendo: “*No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en Su sola potestad*” (v. 7). En el idioma original, Lucas usa dos términos para ‘tiempo’:

- ‘**cronos**’ (“*tiempos*”), que significa ‘tiempo cronológico’ o ‘tiempo exacto’.
- ‘**kairos**’ (“*sazones*”), que significa ‘el tiempo oportuno’ o ‘el momento apropiado para hacer algo’.

Como dice el Predicador, “*Todo tiene su tiempo, y todo...tiene su hora*” (Ecl. 3:1). Dios tiene todo bajo control. Él sabe el momento exacto en que hará las cosas y la mejor manera de hacerlas. Todo eso está en las manos de Dios el Padre, y a nadie le compete exigir que se le diga cuándo se darán las cosas.

Según el Señor, la responsabilidad de los discípulos no era saber la hora y el tiempo en que Dios establecería el reino. Su responsabilidad era comenzar a predicarlo, al igual que Él lo hizo durante Su ministerio terrenal (ver Mr. 1:14-15).

REFLEXIÓN: ¡Cuántas veces hacemos preguntas equivocadas! Los discípulos preguntaron, “¿**Cuándo** se restaurará el reino...?”, en vez de preguntar, “¿**Cómo** se restaurará el reino...?”. Frecuentemente somos así nosotros. Tomemos un momento para reflexionar sobre aquellas áreas de nuestras vidas que nos preocupan. ¿Qué le estamos preguntando a Dios? ¿Son las preguntas correctas? Quizá sería bueno cambiar nuestras interrogantes. Por ejemplo, en vez de preguntarnos, “¿Por qué ocurrió X cosa?”, podríamos preguntar, “¿Para qué ocurrió?”.

Cuando el Señor comenzó Su ministerio de anunciar el reino de Dios, lo hizo con todo el poder del Espíritu Santo (ver Lc. 4:1, 14). Los apóstoles tenían que hacer lo mismo; esa era su responsabilidad. Por eso el Señor les hizo una tremenda promesa, que debemos interpretar a la luz de la respuesta que el Señor dio a la pregunta que le hicieron: “*No os toca a vosotros saber los tiempos...; pero recibiréis poder...*” (v. 7a, 8a). ¡Eso era lo importante!

Recibirían el poder necesario para testificar del reino de Dios “*cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo*” (v. 8b). Lo que necesitaban para el ministerio no era el conocimiento de cosas que no les competía saber, sino la presencia y el poder del Espíritu Santo en sus vidas. Cada pastor, evangelista y misionero necesita entender esto. Obviamente, la preparación bíblica y teológica es de gran valor; pero es mucho más importante recibir el poder de Dios para el ministerio. Sin ese poder espiritual, toda la formación que uno podría recibir en un seminario o instituto bíblico es de poca ayuda. Qué bueno sería que en los seminarios enseñen cursos sobre “El poder espiritual para el ministerio: qué es y cómo recibirlo”. Ayudaría mucho más a las iglesias que tener ministros con maestrías o doctorados en teología.

Como consecuencia de haber sido investidos con poder de lo alto, el Señor promete que los once apóstoles serían “*testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*” (v. 8b). Esta promesa es el complemento de la Gran Comisión. Cristo mandó a los apóstoles predicar el evangelio en todo el mundo (Mt. 28:18-20); pero al mismo tiempo les dio esta maravillosa promesa, indicando que lo lograrían con el poder del Espíritu Santo.

La palabra clave es “*testigos*”. El resultado del testimonio cristiano varía de lugar en lugar, conforme a la voluntad del Padre y la receptividad de los oyentes (ver 1 Ts. 1:4-10, y comparar Hch. 17:32-34). La cantidad de ‘fruto’ espiritual que iban a tener en el ministerio no era la responsabilidad de los apóstoles. Su responsabilidad era esperar en Jerusalén hasta recibir el poder de lo alto para la obra. Luego saldrían por todo el mundo, testificando de la gracia de Dios en Cristo Jesús.

REFLEXIÓN: ¿Estamos cumpliendo la Gran Comisión? ¿Hemos recibido el poder espiritual para hacerlo? ¿Estamos testificando de Cristo y de Su reino?

Hechos 1:9-11

“La Glorificación de Cristo”

⁹ Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. ¹⁰ Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, ¹¹ los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando

al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo."

El ministerio terrenal de Cristo comenzó cuando Él se dirigió al río Jordán y fue bautizado por Juan; terminó, cuando fue llevado al cielo, ante la mirada de los discípulos (v. 9). En ese momento, los discípulos fueron testigos de tres cosas:

- El Señor "*fue alzado*" de la tierra (v. 9a). Cristo vino a este mundo en forma de bebé, pero volvió al cielo como un adulto; y así será por toda la eternidad.
- Una nube "*le recibió*" (v. 9b). Sólo tres seres humanos partieron de este mundo sin experimentar la muerte: Enoc, Elías y Cristo. Enoc simplemente desapareció; nadie lo vio irse (Gn. 5:24). Elías fue llevado en un torbellino, acompañado por un carro de fuego y gente de a caballo (2 R. 2:11-12). Cristo murió, y luego de ser resucitado con un cuerpo glorioso, fue llevado al cielo en una nube.
- Él fue '*ocultado*' de sus ojos (v. 9c). Al igual que Enoc y Elías, el Señor se fue sin dejar rastro alguno. Un momento estaba allí; el siguiente, desapareció.

Más allá de lo material, hubo una realidad espiritual que estos hombres no vieron. Ellos solo vieron la parte negativa, por decirlo así – la desaparición de Cristo de este mundo terrenal. No vieron la parte positiva – la aparición de Cristo en el cielo, a la diestra del Padre. Solo unos cuantos hombres lo vieron irse de este mundo; millones de ángeles lo vieron llegar al cielo. Se fue de la tierra en silencio; pero seguramente fue recibido en el cielo con tremenda aclamación: "*Digno es el Cordero que fue inmolado...*" (Ap. 5:9-13).

Para los discípulos, fue un momento muy triste. Se quedaron inmóviles, mirando al cielo (v. 10a). ¿Qué harían ahora, sin el Señor? Repentinamente aparecieron "*dos varones con vestiduras blancas*" (v. 10b); obviamente eran ángeles. Dirigieron la palabra a los discípulos, preguntándoles por qué estaban mirando al cielo (v. 11a). Hay un elemento de censura en las palabras de los ángeles. En vez de estar mirando al cielo, los discípulos debían ir a la ciudad de Jerusalén y esperar la venida del Espíritu Santo. Cristo volvería; y era importante que el mundo estuviera preparado para Su Segunda Venida. ¡No había tiempo que perder!

REFLEXIÓN: El Señor no vendrá la segunda vez como vino la primera. Cuando nació, casi nadie se dio cuenta de Su llegada; la Segunda Venida será muy diferente. ¡Todo ojo lo verá! Vendrá en las nubes, con gran gloria y poder. Vendrá física y visiblemente, tal como se fue (v. 11b).

¿Estamos esperando la Segunda Venida? ¿Tenemos el deseo de ver al Señor? Si amamos al Señor, debemos sentir un gran deseo de verlo. Pero, al mismo tiempo, debemos estar activos en la obra. No se trata de esperar Su venida en forma pasiva; debemos trabajar mientras haya tiempo para hacer algo a favor de Su reino.

La ascensión de Cristo marcó el fin de Su ministerio terrenal; pero al mismo tiempo, marcó el inicio del ministerio de los apóstoles. El fin del ministerio de una Persona dio lugar al inicio del ministerio de muchas personas más, los apóstoles. Cuando Moisés murió, Josué y todo el pueblo de Israel comenzaron el trabajo de la conquista de la tierra de Canaán. Del mismo modo, cuando Cristo se fue al cielo,

Su ministerio terrenal se acabó; pero el ministerio de los apóstoles recién comenzaba.

REFLEXIÓN: ¿Qué estamos haciendo nosotros para servir a Dios? ¿Cuál es la 'puerta' que Él ha abierto para nosotros? Si alguien en nuestra congregación dejó de trabajar, quizá sea tiempo que nosotros tomemos su lugar.

Hechos 1:12-14 “La Primera Congregación Cristiana”

¹² Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo. ¹³ Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote y Judas hermano de Jacobo. ¹⁴ Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos.”

Hay un contraste interesante entre dónde el Señor desarrolló Su ministerio y el lugar donde ocurrieron los eventos más importantes de Su vida. Él desarrolló Su ministerio en el norte de Palestina, en la región de Galilea; pero Su nacimiento, Su muerte, Su resurrección y Su retorno al cielo ocurrieron en o cerca de Jerusalén, en el sur de Palestina.

Cristo ministró en Galilea, en cumplimiento de la profecía de Isaías 9:1-2, “*El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz*” (Is. 9:2a). En “*Galilea de los gentiles*” (Is. 9:1b) había mucha necesidad y una gran apertura al evangelio, que no había en Jerusalén. Sin embargo, el Señor nació en Belén, porque era descendiente de David (ver la profecía en Mi. 5.2); y murió en Jerusalén de acuerdo con la profecía que encontramos en Génesis 22:14.

REFLEXIÓN: Toda la vida de Cristo se desarrolló en cumplimiento de la Palabra profética de Dios. ¡Qué desafío para nosotros! ¿Estamos dejando que nuestra vida se desarrolle en obediencia a la Palabra de Dios? ¿Consideramos lo que Dios dice en Su Palabra como el criterio determinante para todas las decisiones importantes que tomamos en la vida? ¿Conocemos la Biblia suficientemente bien como para dejar que ella nos oriente en las decisiones importantes que tenemos que tomar?

El lugar exacto donde el Señor volvió al cielo fue “*el monte que se llama del Olivar*” (v. 12a). Quedaba “*camino de un día de reposo*” (v. 12b); es decir, la distancia que un judío podía caminar el día de reposo, sin que esa caminata sea considerada trabajo. Era más o menos un kilómetro de distancia. Cristo se alejó esa distancia de Jerusalén, y desde allí fue llevado al cielo.

Uno pensaría que los discípulos volverían a Jerusalén tristes y desanimados. Sin embargo, en su evangelio Lucas nos dice que “*volvieron a Jerusalén con gran gozo*” (Lc. 24:52). Ese gozo se debió a la gracia de Dios impartida en sus corazones, que balanceó la tristeza que sintieron por la ida de Cristo. El mensaje de los ángeles también sirvió para animarlos (v. 11). El Señor se iba sólo por un tiempo; luego volvería. Lo que les tocaba a los discípulos hacer era trabajar, testificando de la muerte y resurrección de Cristo.

Al volver a Jerusalén, “*subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo...*” (v. 13a). Este no era el cuarto que usaron para celebrar la Pascua, sino

otra habitación donde los discípulos estaban viviendo mientras esperaban la promesa del Espíritu Santo.

Los once apóstoles estaban presentes, acompañados por *"las mujeres...María la madre de Jesús, y...Sus hermanos"* (v. 14b). Las *"mujeres"* fueron aquellas personas que acompañaron al Señor y estuvieron presentes en la crucifixión. María también estaba en el aposento alto, juntamente con los hermanos de Cristo. La muerte y resurrección del Señor produjo un cambio dramático en la familia de Jesús. Tanto Su madre como Sus hermanos ahora creían en Él plenamente.

No era un grupo muy grande, pero estaban haciendo algo importante: *"perseveraban unánimes en oración y ruego"* (v. 14a). Una cosa es orar; pero orar *"unánimes"* y con perseverancia, es de gran valor. El Señor aprecia la unidad y la persistencia en la oración. La primera característica ('unidad') indica humildad y unidad de propósito; la segunda ('persistencia'), la determinación de seguir orando hasta que Dios conteste las oraciones.

Cualquier persona mirando a ese grupo de hombres y mujeres pensaría que nada de gran valor estaba pasando allí; que nada vendría de dicha actividad. Sin embargo, comenzando con ese pequeño grupo de personas, la Iglesia de Cristo se extendió por todo el mundo, a lo largo de dos mil años. Hoy en día la Iglesia cristiana cuenta con más de mil millones de adherentes en todo el planeta Tierra.

¿Cómo podemos explicar este crecimiento? Ciertas palabras vienen a la mente, como factores que permitieron la extensión de la fe cristiana:

OBEDIENCIA al mandato del Señor.

FE en la Persona de Cristo.

ESFUERZO por propagar el mensaje de salvación.

EL PODER DE DIOS que obró por medio de los discípulos, trayendo salvación y vida eterna a millones de personas.

REFLEXIÓN: Evaluemos estas cuatro cosas y preguntémonos: *"¿Somos nosotros así? ¿Estamos obedeciendo los mandatos de Cristo? ¿Tenemos plena fe en Él? ¿Estamos haciendo un esfuerzo por testificar de Él? ¿Se manifiesta el poder de Dios en nuestras vidas?"*

¿Qué es lo que le falta a la Iglesia contemporánea para poder impactar más al mundo en que vivimos? ¿Qué podemos hacer nosotros, en nuestra congregación, para motivar a los hermanos a seguir el ejemplo de este primer grupo de cristianos, quienes transformaron el mundo?

Hechos 1:15-19

El Peligro de la Apostasía Espiritual

"¹⁵ En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos (y los reunidos eran como ciento veinte en número), y dijo: ¹⁶ Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura en que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, ¹⁷ y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio. ¹⁸ Este, pues, con el salario de su iniquidad adquirió un campo, y cayendo de cabeza, se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron. ¹⁹ Y fue notorio a todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel

campo se llama en su propia lengua, Acéldama, que quiere decir, Campo de sangre."

Después de la ascensión de Cristo, los discípulos se reunieron en Jerusalén, orando y esperando la promesa del Espíritu Santo. De este modo la Iglesia, el nuevo pueblo de Dios, fue tomando forma. Lo primero que notamos es el crecimiento numérico. De la lista que tenemos en los vv. 13 y 14, que solo parece sumar unas veinte personas, el número de congregantes incrementó a ciento veinte (v. 15b). El Espíritu Santo ya estaba comenzando a atraer a otros creyentes que vivían en Jerusalén, para unirse en oración con los apóstoles.

Todo grupo requiere un líder, y el que surgió como el líder natural de este grupo de personas fue Pedro (v. 15a). A pesar de haber negado al Señor tres veces, su restauración espiritual le animó a asumir el liderazgo del flamante grupo de cristianos. Debemos notar que Lucas aún no usa el nombre "cristianos" sino "*hermanos*" (v. 15a). Estaba surgiendo el concepto de una familia espiritual, donde cada creyente sentía que tenía un vínculo especial con los demás, que los unía.

Según el v. 14, el énfasis en las reuniones era la oración; sin embargo, lo que leemos en el v. 16 indica que también estaban leyendo y estudiando las Escrituras. Al meditar en los Salmos, específicamente los Salmos 69 y 109, el Espíritu Santo iluminó la mente de los que estaban congregados para entender que la traición de Judas Iscariote fue profetizada en el Antiguo Testamento. Es hermoso ver la manera tan sencilla en que los primeros creyentes comenzaron a leer las Escrituras e interpretarlas por sí mismos, bajo la dirección del Espíritu Santo, y a la luz de los eventos relacionados con la vida y muerte de Jesús de Nazaret. ¡Estaban comenzando a tener un entendimiento totalmente nuevo y revolucionario de las Escrituras! Ese nuevo entendimiento fue uno de los pilares de la Iglesia cristiana.

REFLEXIÓN: Si esta es una de las marcas de la Iglesia cristiana, ¿tenemos el derecho de llamarnos "cristianos"? ¿Estamos nosotros, personal y congregacionalmente, estudiando las Escrituras en esta manera? ¿Estamos creciendo en nuestro entendimiento de la Palabra de Dios, viendo como toda la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, nos enseña de Cristo? ¡Qué desafío para la Iglesia en el siglo 21! Han pasado más de veinte siglos, pero parece que hemos retrocedido en vez de avanzar en el conocimiento de las Escrituras.

Con que tristeza Pedro habrá dicho lo que leemos en el v. 17; que Judas Iscariote "*era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio*". Originalmente, fueron doce; ahora eran sólo once. ¡Uno faltaba! Y el que faltaba no era cualquier persona – era uno que "*tenía parte en este ministerio*". Había salido con ellos a testificar que Jesús de Nazaret era el Mesías. Tuvo el poder para sanar y echar fuera a los demonios. Sin embargo, Pedro habla en tiempo pasado ("*era contado...tenía...este ministerio*"). Judas Iscariote fue el primer seguidor de Cristo que cometió apostasía espiritual y pagó un precio muy alto por hacerlo.

Si nos preguntamos qué fue lo que le llevó a Judas a cometer apostasía espiritual, la respuesta sería que amó más las cosas de este mundo (ver 2 Ti. 4:10). Es un peligro latente, especialmente en el auge económico que América Latina está experimentando en el siglo 21. Tenemos que cuidar nuestros corazones del peligro de la avaricia, porque fácilmente nos podría enfriar espiritualmente. Si la avaricia cegó la mente de Judas y endureció su corazón, a pesar de vivir día tras día con el Señor, ¡cuánto más lo hará con nosotros, si descuidamos nuestra intimidad con el Señor!

Lo triste de Judas no fue que solo perdió su vida, sino que lo hizo en forma violenta y desagradable. Con las treinta monedas de plata que recibió por haber traicionado a Cristo, los líderes judíos compraron un terreno (ver Mt. 27:3-10); Lucas lo expresa como si Judas mismo lo hubiera comprado ("*con el salario de su*

iniquidad adquirió un campo", v. 18a). Fue en este terreno que Judas se ahorcó (Mt. 27:5); aunque parece haberlo hecho antes de la compra del terreno (ver Mt. 27:7-10).

Lucas añade unos detalles adicionales acerca de la muerte de Judas. Luego de haber muerto, su cuerpo cayó, *"se reventó por la mitad, y todas sus entrañas se derramaron"* (v. 18b). Una muerte tan desagradable impactó a los habitantes de Jerusalén (v. 19a) en tal manera que dio lugar a un nuevo nombre para el terreno donde Judas murió: *"Acéldama, que quiere decir, Campo de Sangre"* (v. 19b); ver Mateo 27:8.

REFLEXIÓN: Cuando alguien se aleja del Señor y se entrega a una vida de pecado, muchas veces termina muy mal; agobiado por el pecado y con una tremenda carga de conciencia. ¿Estamos albergando algún pecado en nuestros corazones? Tengamos mucho cuidado de no sufrir una caída espiritual aparatosa. Es mejor tomar la decisión de alejarnos del pecado, que cobijarlo en nuestras vidas. Todo pecado daña; pero el pecado escondido daña en forma desastrosa.

Hechos 1:20

Interpretando el Antiguo Testamento

"²⁰ Porque está escrito en el libro de los Salmos: 'Sea hecha desierta su habitación y no haya quien more en ella', y: 'Tome otro su oficio'."

Los vv.18 y 19 no son parte del discurso de Pedro; son una suerte de paréntesis explicativo, por parte del autor. El discurso de Pedro continúa en el v. 20. Habiendo declarado que *"el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas"* (v. 16), Pedro ahora procede a detallar algunos versículos donde se hace referencia profética a Judas.

La primera cita viene del Salmo 69:25, *"Sea hecha desierta su habitación y no haya quien more en ella"* (v.20b). Si estudiamos el texto en el Salmo 69:25, encontraremos tres problemas:

- El que habla es David, no Cristo. Sabemos eso por lo que leemos en el Salmo 69:5, *"Dios, Tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos"*.
- David está hablando de sus enemigos, en plural, quienes le estaban persiguiendo. Vemos eso del uso del pronombre *"ellos"* (Sal. 69:22, 24) y los verbos que están en plural: *"persiguieron"* (v. 26), *"cuentan"* (v. 26), *"entren"* (v. 27) y *"Sean"* (v. 28).
- El texto original, en hebreo, es diferente: *"Sea su palacio asolado; en sus tiendas no haya morador"*

A la luz de estas cosas, ¿cómo podemos explicar o justificar el uso que Pedro hace del Salmo 69:25 para hablar de Judas Iscariote? La explicación es que el Salmo 69, a pesar de ser escrito por David, es un salmo mesiánico; en otras palabras, habla del Mesías, el Hijo de David. Veamos los siguientes textos, que lo confirma:

"Porque me consumió el celo de Tu casa" (v. 9, citado en Jn. 2:17).

*"Me pusieron además hiel por comida,
Y en mi sed me dieron a beber vinagre"* (v. 21, citado en Mt. 27:48; Mr. 15:36; Jn. 19:28-29).

Además de estas citas específicas, varios versículos del Salmo 69 claramente hablan de la experiencia de Cristo (ver vv. 4, 7-8, 12, 14-15, 17-18, 19-20). Esto explica por qué Pedro, meditando sobre el Salmo 69, vio en el v. 25 una referencia profética a la muerte de Judas. Los enemigos de David, en los vv. 22-28, representaban los enemigos del Hijo de David, y entre ellos figuraba Judas Iscariote.

La segunda cita viene del Salmo 109:8, *"Tome otro su oficio"* (v. 20c). Si leemos el Salmo 109, veremos los mismos problemas que notamos en cuanto a la cita del Salmo 69:25; y la explicación es la misma. Aunque en el Salmo 109, David está describiendo a sus enemigos, que vivieron unos mil años antes de Cristo, proféticamente está hablando del Hijo de David y de Sus enemigos. Vemos eso, por ejemplo, en el v. 25 (*"Yo he sido para ellos objeto de oprobio; me miraban, y burlándose meneaban su cabeza"*). Estas palabras describen perfectamente lo que los enemigos de Cristo hicieron cuando lo crucificaron (ver Mt. 27:39; Mr. 15:29).

Por consiguiente, es entendible, que al meditar sobre este Salmo en el aposento alto Pedro haya entendido que el v. 8b hablaba de Judas Iscariote, prediciendo que él perdería su *"oficio"* de apóstol por participar en la persecución contra el Hijo de David.

El fenómeno que estamos notando en estas dos citas del Antiguo Testamento es lo que el autor de Hebreos llama *"figuras"* (Heb. 9:23) y *"sombra"* (Heb. 10:1). La persecución contra David, mil años antes de Cristo, fue una 'figura' o 'sombra' de la persecución contra el Hijo de David; una persecución que culminó en Su muerte en la cruz. De igual modo, los perseguidores de David fueron una 'figura' o 'sombra' de los que persiguieron al Hijo de David, incluyendo a Judas Iscariote.

REFLEXIÓN: Al leer los Salmos 69 y 109, Pedro reflexionó bastante y fue guiado por el Espíritu Santo a la interpretación que tenemos en Hechos 1. ¿Leemos nosotros el Antiguo Testamento de ese modo? ¿Estamos descubriendo más y más de Cristo, a lo largo del Antiguo Testamento? Recordemos que todas las Escrituras hablan de Él, o apuntan a Él (Lc. 24:27). Pidamos a Dios que nos ayude a profundizar nuestro estudio de Su Palabra.

Hechos 1:21-26

El Reemplazo de Judas Iscariote

"²¹ Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, ²² comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros, de su resurrección. ²³ Y señalaron a dos: a José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. ²⁴ Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, ²⁵ para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar. ²⁶ Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles."

¿Hicieron bien los apóstoles al nombrar a alguien para reemplazar a Judas Iscariote? A la luz del nombramiento de Saulo de Tarso como apóstol, hecho

directamente por el Señor Jesús, lo más probable es que los apóstoles se adelantaron en nombrar a alguien como reemplazo de Judas. Sin embargo, no debemos juzgarlos indebidamente. Tomemos en cuenta las siguientes consideraciones a su favor:

- La frase, "*Es necesario...*" (v. 21). La necesidad de la cual Pedro habla es la necesidad impuesta por las Escrituras (ver v. 16). Los apóstoles no procuraron nombrar a un sucesor de Judas por capricho personal; fueron motivados por el deseo de obedecer la Palabra de Dios. Si las Escrituras hablaban de la traición de Judas, también hablaban de otro tomando su oficio (v. 20b). Por lo tanto, los once nombraron un apóstol más, sintiendo que las Escrituras lo exigían.
- La actitud que tuvieron los apóstoles de compartir el ministerio. Muchas personas en esta situación se habrían dejado guiar por su orgullo. Ser un apóstol era un gran honor, y los once podrían haber sentido que nadie más tenía el derecho de estar en el ministerio. Pero no hubo nada de celo ministerial. Más bien, deseaban compartir el trabajo, y lo expresaron, nombrando a otro apóstol.
- Los criterios que emplearon para seleccionar al candidato (vv. 21-22a). No hubo nada de favoritismo o nepotismo. Nadie sugirió una persona simplemente porque era su familiar, amigo o alguien allegado a él. Los criterios fueron netamente prácticos y espirituales. Tenía que ser alguien que conocía de cerca la persona de Cristo y que lo había escuchado enseñar a lo largo de Su ministerio terrenal. En realidad, los criterios fueron muy exigentes: "*...que de estos hombres que han estado junto con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba...*" (vv. 21-22a).
- El propósito del nombramiento (v. 22b). Los criterios para la selección fueron tan exigentes que nos sorprende que habría siquiera una persona que cumpliera todos los requisitos. Los apóstoles nombraron a dos candidatos; posiblemente los únicos candidatos que cumplían todos los requisitos, para que no sean ellos, sino Dios quien hiciera la elección. ¡No se confiaron en sí mismos! Sólo Dios conoce "*los corazones de todos*" (v. 24).
- La manera en que hicieron la selección (vv. 23, 26). Los apóstoles escogieron a dos candidatos, pero dejaron la elección a Dios, echando "*suertes*" (v. 26a). En este caso, echar "*suertes*" no fue un acto supersticioso. La acción de los apóstoles debe ser entendida a la luz de lo que Dios mismo ordenó acerca de cómo saber Su voluntad y tomar decisiones importantes (Lv. 16:8; Nm. 26:55; Jos. 18:10).
- La oración (vv. 24-25). Habiendo establecido los criterios y seleccionado a los candidatos, los apóstoles se dispusieron a echar suertes, para saber la voluntad de Dios. No lo hicieron en forma mecánica, sino que lo pusieron en oración, buscando específicamente la dirección de Dios en el asunto. Fueron guiados por el principio señalado en las Escrituras, en Proverbios 16:33, que establece la enseñanza bíblica acerca de echar suertes en el Antiguo Testamento, antes de la venida del Espíritu Santo.

De los dos candidatos, "*José, llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y... Matías*", Matías fue escogido (v. 26). Lo extraño es que no leemos más acerca de él en el resto del libro. Es como si Lucas quería ser fiel a la historia, pero

entendía que a la luz del nombramiento de Pablo como apóstol en Hechos 9, la elección de Matías no fue lo más acertado.

REFLEXIÓN: Evaluemos las decisiones que nosotros hemos tomado en la vida. ¿Qué podemos aprender de los apóstoles acerca de cómo tomar buenas decisiones? Al mismo tiempo, recordemos que a veces podemos tener los mejores criterios y las mejores actitudes, pero estar sinceramente equivocados. Lo bueno es saber que aun si nos equivocamos, con tal que tengamos un temor a Dios, Él obrará en Su providencia y hará que nuestras equivocaciones no causen problemas o dificultades para Su obra.